

Gandhi, el sembrador de esperanzas

= De La Prensa. Buenos Aires. =

Un hombre llegará a Inglaterra. No lleva equipaje alguno. Va vestido de blanco como el Rabí, magro su cuerpo como abrasado por el fuego interior. Entrecerrados los ojos por ver con exceso la luz. Abiertas las manos en la costumbre ritual de la generosidad. Todo él pequeño, silencioso, sonriente, como un niño enfermizo, y, sin embargo, el imperio entero ha de estremecerse a su paso, con toda su gloria, con toda su potencia militar y económica, desde Trafalgar Square hasta Cape Town, desde Sidney a Montreal; porque este hombre pequeño, como Nelson delante de la Armada Invencible, representa, dentro su diminuta piel morena tostada por el sol de la India, la fuerza del espíritu, el poder supremo del alma que sólo reconoce una valla: Dios.

En este sentido no habrá, sin duda, en todo el vasto universo, una figura humana de mayor trascendencia y significación que la del Mahatma.

Aquel hijo predilecto del Oriente encarna su más entrañable principio, como Aryudna en las laderas del monte Merú trasfigurado en el himno del Amor absoluto, es el mensajero de la luz, mejor uán, la luz misma, hecha ritmo de la vida y superación de humanidad.

Por su ejemplo maravilloso nos es dado asistir al épico combate del amor contra la violencia, de la meditación contra la fuerza, del silencio contra el ruido, del Oriente contra el Occidente.

Ghandi, por el solo hecho de existir, demuestra la bancarrota de la civilización occidental. Todo el proceso dinámico del mundo material erigido en sistema viénesse al suelo como un castillo de naipes ante esta sola frase suya: "Reducido a sus justas proporciones, el triunfo de la civilización occidental consiste únicamente en llegar cinco minutos antes a un punto geográfico del globo."

¿Qué puede significar esta cronométrica premura, en presencia de la eternidad o del infinito? ¿Queda con ello rezagado el pensamiento de Platón o disminuído el espíritu de Pitágoras?

Los acontecimientos absurdos y trágicos de posguerra: el derrumbamiento caótico de la moral; el miedo a la naturaleza; la orfandad del idealismo y su inevitable secuela del goce a outrance han dado razón al Mahatma de las florestas índicas. Por ello los pueblos dolorosos de las naciones crepusculares de las "cenagosas tierras del Poniente", abren sus oídos para escuchar las palabras austeras



Gandhi

Los diez y nueve mandamientos de Gandhi

Para el hombre que esté solo

- 1º—Nunca debe enfurecerse por ningún motivo.
- 2º—Debe soportar la cólera de los demás con el corazón apacible.
- 3º—Soportar la agresión sin pensar en la venganza o guardar rencor. Solamente debe desobedecer a su voluntad cuando ésta tema el castigo. Por el contrario, no debe obedecer las órdenes tiránicas y seguir lo que le parezca justo.
- 4º—Si las autoridades quieren arrestarlo, debe entregarse sin violencia. Si quieren apoderarse de sus bienes, no oponerse tampoco.
- 5º—Pero si le han confiado un depósito, debe defenderlo hasta la muerte.
- 6º—No jurar ni denunciar a nadie.
- 7º—No debe despreciar a sus adversarios ni injuriarlos, ni asociarse con gritos o aclamaciones a las ideas nuevas, contrarias al espíritu del amor (se refiere a la revolución sangrienta).
- 8º—No demostrar respeto a la bandera británica, pero tampoco despreciarla, ni a los funcionarios ingleses o hindúes.
- 9º—Si se ve durante la campaña que uno o varios asaltan a un funcionario inglés o quieren atacarlo, debe defender a éste hasta con su vida.

En caso de encarcelamiento

- 10.— El combatiente encarcelado debe respetar a las autoridades de la prisión y obedecer todo reglamento, siempre que no sea contrario al honor. Por ejemplo, debe hacer el saludo oficial, según la costumbre en la cárcel; pero no debe humillarse ni inclinarse ante ellos, como tampoco dar vivas por la perpetuidad de la dominación inglesa, como suelen hacerlo algunos encarcelados, a la fuerza.
- 11º—No hacer distinción entre él y los otros encarcelados, pidiendo concesiones especiales, si no son por motivos de salud.

(Pasa a la página 364).

de este nuevo sembrador de esperanzas. Es en vano que la fuerza le confine a mazmorras de oprobio, o le condene al pan moreno del ostracismo. Tanto vale aprisionar el sol, o poner trabas al vuelo de las aves del cielo. Por los resquicios de la puerta de hierro, por el invertido tragaluz del calabozo infamante, escapa la claridad que enciende en amor el corazón de millones de seres. Es que la libertad del espíritu suena siempre como las trompetas de Jericó

Veamos cuál es el origen de esa fuerza invencible, la semilla de esa luz que el despotismo utilitarista no ha conseguido extinguir aún. Es un credo que tonifica el espíritu acongojado por todas las decadencias. Es una realidad innegable y magnífica como un panorama de montañas de la joven India. "No soy un visionario, escribe el profeta. Pretendo ser un idealista práctico. El culto de la no violencia no es únicamente el privilegio de los sabios (rishis) o de los santos. También pertenece al vulgo. Por-

que la no violencia "es la ley de la especie humana como la violencia es la ley del bruto". El espíritu duerme en la bestia y por ello ésta no conoce sino la fuerza física. La dignidad del hombre reclama de ella la obediencia a una ley superior: "la potencia del espíritu". Y como expresión filosófica de esta realidad, el Mahatma presenta a los hombres de su patria, y por ende a los del universo, la suprema ley del Satyagraha, o sea la del sacrificio de sí mismo. "El Satyagraha y sus retoños, la no cooperación y la resistencia civil, dice, no son sino nombres nuevos para la vieja ley del sufrimiento. Los rishis que descubrieron la ley de la no violencia en medio de la violencia fueron genios mayores que Newton y guerreros más grandes que Welling-ton. Habiéndose servido ellos mismos de las armas, llegaron a comprender su inutilidad y enseñaron a un mundo cansado que la salud no se encontraba en la violencia sino en la no violencia. Ésta, bajo su forma dinámica, quiere decir "sufrimiento consciente". Ello no significa de ningún modo que debamos someternos humildemente a la voluntad de aquél que hace el mal, sino, por el contrario, que nuestra alma entera debe resistir a la voluntad del tirano. Un solo individuo que la obra de acuerdo con esta ley fundamental puede desafiar toda la potencia de un imperio injusto para salvar su honor, su religión, su alma y provocar mas tar-